

LA CRISIS MONETARIA Y EL TERCER MUNDO

José Luis CECENA GÁMEZ

Los problemas que está afrontando la libra esterlina, que ahora ha recibido el embate de la "especulación" que ha obligado al gobierno británico a dejarla "flotar", constituye un episodio más en el proceso de desajuste y crisis en que se encuentra el sistema monetario de los países capitalistas. En efecto, el desequilibrio no se limita a la divisa inglesa, sino que afecta al conjunto de los mercados de cambio, y en especial, además de la libra esterlina, a la más importante moneda del mundo occidental, el dólar.

En realidad, la crisis monetaria es sólo un aspecto de la crisis económico-social del sistema capitalista, que se manifiesta con caracteres más señalados en el caso de los Estados Unidos, el país líder del sistema de empresa privada. Los EUA afrontan muy serios problemas internos, de carácter económico y social, y crecientes obstáculos en escala internacional para lograr sus propósitos de hegemonía económica y militar en el mundo occidental. Estos problemas han estado minando su capacidad competitiva en los mercados mundiales y en el propio mercado, han debilitado su fuerza para controlar territorios cautivos para la colocación de capitales, y han impuesto limitaciones a sus posibilidades de gastar las crecientes sumas necesarias para llevar a cabo sus ambiciones de desempeñar el papel de "policía mundial".

Las dificultades a que se enfrentan los EUA en su economía interna y las que registran en escala internacional, han dado por resultado el desajuste de la balanza de pagos en proporciones enormes, lo que ha estado comprometiendo la estabilidad y firmeza del dólar en los mercados de cambios y provocando los serios desajustes en el conjunto de las divisas del mundo, dada la gran importancia que la divisa norteamericana tiene, por ser moneda de reserva.

La posición de la balanza de pagos de los EUA, que tradicionalmente era superavitaria, a partir de 1950 (con pocas excepciones) se tornó deficitaria, ligeramente primero, pero después en elevadas

cifras sobre todo en los últimos tres años. En el quinquenio de 1960 a 1964 el déficit alcanzó un promedio anual de 2 800 millones de dólares; en el siguiente quinquenio —1965-69— la cifra correspondiente fue de 3 400 millones; en 1970 el déficit alcanzó los 4 700 millones, elevándose en 1971 a la enorme suma de 22 700 millones de dólares.

El análisis de la balanza de pagos nos muestra que los factores que han determinado el cambio de signo en las cuentas internacionales norteamericanas han sido los fuertes gastos militares en el exterior, los créditos y “ayudas” (preponderantemente de tipo militar), el turismo, la pérdida de dinamismo del comercio exterior como generador neto de divisas y, en los últimos años, las considerables salidas de capitales a corto plazo motivados por las tasas de interés más altas en los mercados europeos. Esto confirma la opinión que hemos expresado* de que en la base de la crisis del dólar y de los mercados de cambios mundiales se encuentran los grandes gastos militares en el exterior motivados por la política norteamericana de dominio militar y económico mundial, y las dificultades económicas internas —crisis económica, inflación, pérdida de capacidad competitiva— que han impuesto serias tensiones a la balanza de pagos.

La culminación de saldos deficitarios de la balanza de pagos fue debilitando la firmeza del dólar en los mercados de cambios, lo que fue provocando fuertes conversiones de dólares por oro y por monedas fuertes como el marco alemán, el yen, el franco suizo y otras divisas. La conversión de dólares —no deseados— por oro, fue mermando las reservas de metal amarillo del tesoro norteamericano, que del alto nivel de 24 600 millones de dólares a que ascendían en 1949 descendieron a sólo 10 132 millones en 1971. Si no han bajado más, se ha debido a la serie de medidas adoptadas por el gobierno norteamericano para evitar o reducir la demanda de oro, tales como la formación del “pool de oro”, el “doble mercado del oro”, acuerdos “swap”, entre otras, además de presiones sobre los bancos centrales de los grandes países capitalistas para que acumularan dólares en sus reservas y devaluaran su propia moneda.

La acumulación de dólares en el exterior ascienden actualmente (1971) a 52 000 millones, según el *Boletín de la Reserva Federal* de abril de 1972, lo que representa un factor de gran inestabilidad en el mercado de cambios porque da origen a constantes movimientos

“especulativos” de conversión de la divisa norteamericana por monedas fuertes, y también por oro, en la medida en que el metal amarillo puede adquirirse en el mercado. Esos movimientos “especulativos” han hecho subir el precio del oro a más de 65 dólares la onza, precio muy superior al fijado oficialmente por los EUA (de 35 dólares y a partir de diciembre de 1971, de 38 dólares la onza) y han provocado serios problemas cambiarios a los demás países, especialmente a la República Federal Alemana y al Japón.

De esta manera, es fácil entender que la crisis monetaria internacional tiene como causa fundamental la gran abundancia de dólares “no deseados”, hecho que deriva de los crecientes déficit de la balanza de pagos de los EUA. A su vez, esos déficit son resultado de la crisis económica norteamericana, y del cambio que se ha ido operando en el juego de fuerzas en escala mundial. Asimismo, es evidente que la situación de desajuste económico mundial muestra la incapacidad del sistema capitalista para mantener el dinamismo suficiente para disponer de mercados para la colocación de sus productos y capitales, lo que provoca el enfrentamiento de unos con otros en el terreno económico; una de las manifestaciones de ese conflicto de intereses es la lucha de las divisas: del dólar por mantener su hegemonía, a pesar de su poca firmeza, y de las otras monedas, sobre todo las europeas del Mercomún, por liberarse de esa hegemonía.

Dentro de este marco en que se desenvuelve el sistema capitalista, los países del “Tercer Mundo”, cuyas economías tienen un alto grado de dependencia respecto a los países capitalistas más desarrollados, en especial respecto a los EUA, reciben la peor parte, lo que hace más aflictiva su situación. Si en las condiciones de auge del capitalismo su situación fue desventajosa —dominio exterior de su economía, en el aspecto comercial, financiero y tecnológico; relación de intercambio desfavorable; creciente endeudamiento, etcétera—, ahora que el capitalismo está en franca crisis su situación tenderá a empeorar aún más, su desarrollo será más incierto y costoso y gravitará sobre ellos buena parte de los desajustes de los países metropolitanos.

El futuro poco prometedor de los países del “Tercer Mundo”, si se mantiene dentro de la órbita de dependencia de los grandes países capitalistas desarrollados, puede comprenderse por el impacto que están resintiendo como consecuencia de las medidas restrictivas que los EUA y los otros países capitalistas industrializados están

* Véase PROBLEMAS DEL DESARROLLO, Nos. 8 y 10 de julio-septiembre, 1971 y febrero-abril, 1972.

adoptando para hacerle frente a sus problemas derivados de la crisis del sistema. Estas medidas crean para nuestros países, mayores dificultades para colocar sus productos en el exterior, por la fuerte tendencia hacia el proteccionismo de esos países; mayores dificultades para obtener financiamientos y un costo mayor de los que logren adquirir; precios más elevados de la maquinaria y equipo que necesitan importar, por la tendencia inflacionista que se registra en todos ellos; problemas cambiarios que dificultarán las transacciones internacionales, y mayores presiones para dominar sus economías por parte de las grandes empresas internacionales.

Ante este panorama, es imperativo que los países dependientes se unan estrechamente para aumentar su capacidad de defensa, y que procedan a operar los cambios estructurales necesarios para reorientar su economía por rumbos de independencia y de beneficio popular, lo que podrán lograr solamente si se encauzan por el camino socialista. Mantenerse dentro del sistema capitalista significará serias limitaciones a su desarrollo y una dependencia cada vez mayor.